

aumentas en extremo tu perfeccion en el ejercicio que usares entre las aficciones interiores, de las cuales no quiero acabar el propósito, sin decirte aun una palabra.

Algunas veces los disgustos, las esterilidades y sequedades proceden de la indisposicion del cuerpo, como cuando por el exceso de las vigiliias, de los trabajos y ayunos, nos hallamos combatidos del cansancio, adormecidos y pesados, y con otras tales enfermedades; las cuales, aunque proceden del cuerpo, no dejan de incomodar el espíritu, por la estrecha atadura que hay entre ellos. En tales ocasiones pues, debemos acordarnos siempre de hacer más actos de virtud con nuestro espíritu y voluntad superior; porque, aunque parezca estar toda nuestra alma dormida y acabada de cansancio y desabrimiento, no por eso las acciones de nuestro espíritu dejan de ser muy agradables á Dios; y podemos decir en tal tiempo, como la Esposa sagrada: «Yo duermo, pero mi corazón vela.» Y como he dicho atrás, si hay menos gusto en el trabajar desta suerte, no por eso deja de haber más merecimiento y virtud.

QUINTA PARTE DE LA INTRODUCCION,

EN LA CUAL SE CONTIENEN LOS EJERCICIOS Y AVISOS NECESARIOS PARA RENOVAR EL ALMA Y CONFIRMARLA EN LA DEVOCION.

CAPITULO PRIMERO.

Que debemos cada año renovar los buenos propósitos por los ejercicios siguientes.

El principal punto destes ejercicios consiste en el conocer bien su importancia. Nuestra humana naturaleza se aparta fácilmente de sus buenos propósitos por la fragilidad y mala inclinacion de nuestra carne, la cual agrava nuestra alma, y la procura tirar y inclinar hácia abajo, si á menudo no se levanta hácia arriba á viva fuerza de resolucion. Así como los pájaros tornan á menudo á caer en tierra, no continuando en el romper el aire para mantenerse por este medio en su vuelo; así tambien, amada Filotea, tienes tú necesidad de reiterar y repetir muy á menudo los buenos propósitos que hubieres hecho de servir á Dios, temiendo que no haciendo esto, no caigas en tu primer estado, ó en otro por ventura mucho peor: porque las caidas espirituales tienen esta propiedad, que nos ponen siempre en más bajo estado que aquel en que nos hallábamos cuando subimos á lo alto de la devocion. No hay reloj, por bueno que sea, que no sea menester súbrle la cuerda dos veces al dia, á la mañana y á la noche; y despues desto, es menester tambien desarmarle por lo menos una vez al año para limpiarle de todas sus piezas, enderezar las torcidas, y reparar las que están usadas. Así tambien el que tiene un verdadero cuidado de su amado corazón, debe remontarle á Dios á las noches y á las mañanas por medio los ejercicios ya dichos; y fuera desto, debe considerar á menudo su estado, enmendándole y acomodándole cuanto pueda al servicio de Dios; y en fin, por lo menos una vez al año

Mas el remedio en esta ocurrencia es el alentar el cuerpo con alguna suerte de legítima recreacion y entretenimiento. Así san Francisco ordenaba á sus religiosos que fuesen de tal manera moderados en sus trabajos, que no destruyesen el fervor del espíritu.

Y á propósito deste glorioso padre, una vez se vió contrastado y perseguido de una tan profunda melancolía de espíritu, que no podia dejar de mostrarla en sus movimientos; porque si queria conversar con sus religiosos, no podia; si se apartaba dellos, se hallaba peor. La abstinencia y mortificacion de la carne le afligian, y la oracion no le aliviaba nada. Vióse dos años desta suerte, y de manera, que parecia estar de todo punto abandonado de Dios; mas en fin, despues de haber con humildad sufrido esta áspera tempestad, el Señor le dió en un momento una dichosa tranquilidad. Esto es para darte á entender que los mayores siervos de Dios están sujetos á tales sequedades; y que los menores no deben espantarse si se hallan en algunas.

debe desarmarle y mirar todas sus piezas una á una; esto es, todos sus deseos, aficciones y pasiones, para que así pueda reparar todas sus faltas. Y como el relojero unta todas las ruedas, los traveses y el muelle con algun aceite delicado, para que sus movimientos sean más mansos y seguros, y que esté menos sujeto al orin y herrumbre, así la persona devota, despues de haber desmontado ó desarmado su corazón para mejor rehacerle y renovalle, le debe untar por medio de los sacramentos de la confesion y de la eucaristía. Este ejercicio reparará tus fuerzas abatidas del tiempo, confortará tu corazón, hará reverdecer tus buenos propósitos, y reflorcer las virtudes de tu espíritu.

Los antiguos cristianos practicaban esto con mucho cuidado en el dia aniversario del bautismo de nuestro Señor; en el cual, como dice san Gregorio, obispo de Nazianzo, renovaban la profesion y las protestaciones que se hacen en este sacramento. Hagamos lo mismo, querida Filotea, disponiéndonos y empleándonos á esto con muchas veras y alegría.

Habiendo pues escogido el tiempo conveniente, segun el parecer de tu confesor, y habiéndote retirado algo más á la soledad real y espiritual que lo ordinario, harás una, dos ó tres meditaciones sobre los puntos siguientes, segun el método que te he dado en la *Segunda parte*.

CAPITULO II.

Consideracion sobre el beneficio que Dios nos hace llamándonos á su servicio, segun la protestacion arriba dicha.

1. Considera los puntos de tu protestacion. El primero es el haber dejado, desechado, detestado y re-

nunciado para siempre todo pecado mortal. El segundo es el haber dedicado y consagrado tu alma, tu corazón, tu cuerpo, con todo aquello que desto depende, al amor y servicio de Dios. (1) El tercero es, que si te sucediese caer en alguna mala accion, te levantarás al mismo punto, mediante la gracia de Dios. ¿No son pues, dime, estas hermosas, justas, dignas y generosas resoluciones? Piensa bien en tu alma cuán santa, justa y razonable es esta protestacion.

2. Considera á quién has hecho esta protestacion, que es á Dios. Si las palabras de razon dadas á los hombres nos obligan estrechamente, ¿cuánto más obligarán las que damos á Dios? «¡Ah Señor! (decia David) á vos es á quien mi corazón lo ha dicho; mi corazón ha trazado esta buena palabra: jamás las olvidaré.»

3. Considera en presencia de quién, y que ha sido á la vista de toda la corte celeste. La Virgen, san Josef, tu buen ángel, san Luis, toda esta celeste compañía te miraba y aprobaba tu protestacion, mirándote con ojos de un amor indicible, (2) postrado tu corazón á los pies del Salvador, consagrándose á su servicio; por lo cual hicieron una general alegría por toda la celeste Jerusalem, y aun harán ahora la conmemoracion, si con entero corazón renuevas tus buenos propósitos y resoluciones.

4. Considera por qué medios hiciste tu protestacion. ¡Ay de mí, y cuán manso y dulce se te mostró Dios en este tiempo!

Dime pues por tu vida, ¿no te viste convidada con mil dulces halagos del Espíritu Santo? Las cuerdas con que tiró Dios tu pequeña barquilla á este puerto de salud, ¿no te parece que fueron de amor y caridad? Mira cómo te fué cebando con su divino azúcar, por los sacramentos, por la lectura y por la oracion. ¡Ay de mí, amada Filotea! tú dormias y Dios te velaba, poniendo en tu corazón pensamientos de paz, y meditando por tí meditaciones de amor.

5. Considera en qué tiempo Dios te tiró á estas grandes resoluciones; porque si fué en la flor de tu edad, fué, Filotea, no pequeña dicha el aprender tan presto lo que no podemos saber sino muy tarde. San Agustin, habiendo sido tirado de Dios de edad de treinta años, decia: «¡O antigua hermosura! ¿cómo te he conocido yo tan tarde? ¡Ay de mí, que te via y no te conocia!» Y tú tambien podrás decir: «¡O dulzura antigua! ¿por qué no te he yo antes gustado?» ¡Ay de mí, que no obstante esto, no la conocias tú entonces! Y por esto, reconociendo cuánta gracia te ha hecho Dios de tirarte así en tu juventud, di con David: «¡O Dios mio! tú me has alumbrado y tocado desde mi juventud; y para siempre yo invocaré tu misericordia!» Y si ha sido en tu vejez, hallarás, Filotea, haberte Dios hecho no pequeña gracia en que despues de haber tan mal perdido tantos años precedentes, al fin Dios te ha llamado antes de la muerte, parando el curso de tu miseria en tiempo donde, si hubieras continuado, quedaras miserable para siempre.

6. Considera los efectos desta vocacion, y hallarás en tí, segun entiendo, una dichosa mudanza, comparando lo que eres con lo que fuiste. ¿No tienes tú, dime,

(1) La tercera es (*Edicion original*).
(2) postrando (*Id.*)

por gran felicidad el saber hablar á Dios por medio de la oracion? ¿El tener deseo de quererle amar? ¿El haber templado y pacificado muchas pasiones que te inquietaban? ¿El haber evitado muchos pecados y embarazos de conciencia? ¿Y en fin, el haber comulgado tan á menudo; cosa en que antes ponias tanto descuido, uniéndote á este santo manantial de gracias eternas? ¡Ah Filotea, y cuán grandes son estas gracias! Menester es pues, Filotea mia, pesarlas en el peso del santuario. La mano derecha de Dios es pues la que ha obrado todo esto. «La buena mano de Dios (dice David) ha hecho virtud; su diestra me ha relevado. No moriré pues, sino viviré, y contaré de corazón, de boca y con obras las maravillas de su bondad.»

Despues de todas estas consideraciones, las cuales, como ves, nos colman de buenos deseos, debemos concluir simplemente por una accion de gracias y una oracion encaminada al aprovechamiento de lo dicho, retirándote con humildad y gran confianza en Dios; no haciendo el fin destas resoluciones hasta despues del segundo punto deste ejercicio.

CAPITULO III.

Del exámen de nuestra alma sobre el adelantamiento en la vida devota.

Este segundo punto del ejercicio es un poco largo, y así cuanto á su práctica te digo que no es necesario le hagas todo de una vez, sino en diversas veces: como si tomases lo que mira á tus acciones para con Dios, y esto por una vez; lo que mira á tí mismo, otra vez; lo que toca al prójimo, otra; y la consideracion de las pasiones, la cuarta vez. No será tampoco necesario que estés de rodillas, sino al principio y á la fin, con que se comprenden las aficciones. Los otros puntos del exámen los podrás hacer con utilidad paseándote, y aun mejor en la cama, si por ventura puedes estar en ella por algun tiempo sin desabrimiento ni gana de dormir. Para hacer pues esto, es necesario haberlos antes bien leído. No obstante esto, es necesario el hacer todo este segundo punto en tres dias y dos noches por lo más, tomando de cada dia y de cada noche alguna hora, digo algun tiempo, sea el que pudieres; porque si este ejercicio no se hiciese sino en tiempos muy distantes el uno del otro, perderia su fuerza y causaria impresiones muy flojas.

Despues de cada punto del exámen, notarás en lo que hallas faltar, y en lo que tienes falta, y los principales distraimientos que has sentido, para declararte y tomar consejo, resolucion y alivio espiritual. Y aunque en tales dias que hicieres este ejercicio y los otros, no sea necesario el retirarte absolutamente de las conversaciones, con todo eso, no se excusa el retirarte un poco, particularmente hácia la noche, para que así puedas acostarte más temprano, reposando el cuerpo y el espíritu, necesario á la consideracion. Y entre dia habrás tambien de hacer frecuentes aspiraciones á Dios, á nuestra Señora, á los ángeles, á toda la Jerusalem celeste; es tambien necesario que todo esto se haga con un corazón enamorado para con Dios, y la perfeccion de tu alma. Para comenzar pues bien este exámen:

1. Ponte primeramente en la presencia de Dios.
2. Invoca el Santo Espíritu, pidiéndole luz y clari-

dad para que puedas bien conocerte, como san Agustín, que se lamentaba (1) delante de Dios en espíritu de humildad, diciendo: «¡O Señor! haced que os conozca y que me conozca;» y san Francisco, que preguntaba á Dios: «¿Quién sois vos, y quién soy yo?»

Protestarás no notar tu adelantamiento para lo que es regocijarte en tí misma, sino para alegrarte en Dios; ni para glorificarte, sino para glorificar al Señor y darle gracias.

Protestarás también que si, como tú piensas, descubres el haber aprovechádote poco, ó bien atrasádote, que no por eso te entibiarás ni refrescarás con ninguna suerte de miedo ni flaqueza de corazón; sino que al contrario, procurarás animarte más, humillarte y remediar las faltas, mediante la gracia divina.

Hecho esto, considerarás mansa y sosegadamente de qué manera hasta la hora presente te has llevado para con Dios, para con el prójimo y para contigo misma.

CAPITULO IV.

Exámen del estado de nuestra alma para con Dios.

1. Considera cuál es tu corazón contra el pecado mortal, y si tienes una resolución firme de nunca más cometerle por ningún caso que pueda verte, y si esta resolución ha durado desde tu protesta hasta al presente. En esta resolución consiste el fundamento de la vida espiritual.

2. Considerarás cuál es tu corazón para con los mandamientos de Dios, si los hallas buenos, dulces, agradables. Quien tiene, hija mía, el gusto en buena disposición, y sano el estómago, el tal apecece las buenas viandas y desecha las malas.

3. Considerarás cuál es tu corazón para con los pecados veniales. Mal podríamos guardarnos de caer en alguno por un camino ó por otro; mas notarás si hay alguno á que tengas particular afición, y también (que aun esto sería peor) si hay alguno á que tengas afición y amor.

4. Considerarás cuál es tu corazón para con los ejercicios espirituales; si los amas, si te enfadan, si te disgustan, á cuál dellos tienes tú más ó menos inclinación: el oír la palabra de Dios, el leerla, discurrir della, meditar, aspirar en Dios, confesarte, recibir los avisos espirituales, aparejarse á la comunión, enfrenar sus aficiones. Mirarás cuál de esto hallas repugnar tu corazón; y si hallas alguna cosa á que tu corazón tenga menos inclinación, examina de dónde le procede este disgusto, y qué es la causa.

5. Considerarás cuál es tu corazón para con Dios mismo; si se alegra en acordarse dél, y si siente en esto una agradable dulzura. Dice David: «Yo me he acordado de Dios, y me he deleitado.» Mirarás si sientes en tu corazón una cierta felicidad en amarle, y un gusto particular en saborearte con este amor. Notarás si tu corazón se recrea en el pensar en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su suavidad; si esta memoria de Dios te viene en medio las ocupaciones del mundo y sus vanidades; si se hace hacer lugar, si harta tu corazón, si te parece que tu corazón se vuelve de su lado, y si en cierta manera va como marchando delante. Es cierto que hay almas desta manera.

(1) de Dios (Edición original. — Qui s'écroit devant Dieu, son palabras del Santo.)

6. Si vuelve un casado de alguna jornada larga, al mismo punto que su mujer le oye y siente su voz, aunque por entonces se halle embarazada y embebecida con alguna violenta consideración, con todo eso, no dejará de olvidar todos los otros pensamientos por pensar en su recién venido y amado marido. De la misma manera sucede á muchas almas amadoras de Dios, que aunque se hallen más embebecidas y embarazadas de negocios, luego que les toca al corazón la memoria de Dios, no hay cosa que no olviden ni de que no se desahagan por no perder esta dulce y bien venida memoria. Señal en extremo buena.

7. Considerarás cuál es tu corazón para con Jesucristo Dios y hombre, si recibes gusto con él. Las abejas gustan mucho de andar cerca de su miel, y los moscos de andar cerca la hediondez y porquerías: así las buenas almas tienen su gusto cerca de Jesucristo y sienten una extrema ternura de amor para con él; mas las malas solo se alegran en medio de las vanidades.

8. Considerarás cuál es tu corazón para con nuestra Señora, con los santos, con tu ángel; si los amas mucho, si tienes una especial confianza en su benevolencia; si sus imágenes, sus vidas y sus alabanzas te son agradables.

9. Cuanto á tu lengua, considerarás cómo hablas de Dios; si te agrada en decir bien dél, según tu condición y fuerzas; si te deleitas en cantar los cánticos.

10. Cuanto á las obras pensarás si tienes en el corazón la gloria exterior de Dios, y si haces alguna cosa á su honra; porque los que aman á Dios, aman con David el ornato de su casa.

11. Notarás si te has apartado de alguna afición mala, y si has renunciado alguna cosa por Dios; porque es una buena señal de amor el privarse de alguna cosa en favor de aquel que se ama. ¿Qué es lo que has tú pues dejado por el amor de Dios?

CAPITULO V.

Exámen de nuestro estado para con nosotros mismos.

1. Mira cómo te amas á tí misma, si te amas demasiado para este mundo; porque, si es así, desearás quedarte siempre en él, y tendrás un extremo cuidado en arraigarte en la tierra. Pero si te amas para el cielo, desearás, ó por lo menos te quietarás fácilmente en el tiempo de la partida deste siglo, cuando llegue la hora que Dios fuere servido de darte.

2. Mira si tienes buena orden en el amor de tí misma, porque el mayor enemigo que tenemos es el amor de nosotros propios. El amor pues ordenado quiere que amemos más el alma que el cuerpo; que tengamos más cuidado en adquirir las virtudes que otra ninguna cosa; que tengamos más cuenta con la honra divina que con la baja y caduca. El corazón bien ordenado muchas más veces dirá en sí mismo: «¿Qué dirán los ángeles si yo pienso en tal cosa?» Y no: «¿Qué dirán los hombres?»

3. Mirarás qué tal es el amor que tienes á tu corazón, si te enfadas de servirle en sus enfermedades. No es pequeño, Filotea, el cuidado que debes tener en socorrerle y hacerle socorrer cuando sus pasiones le atormentan, dejando por esto todo lo demás.

4. Notarás cuál te estimas tú delante de Dios. Será en nada sin duda; mas advierte que no es grande humildad si una mosca no se estima en nada en comparación de un gran monte, ni si una gota de agua se tiene por nada en comparación del mar, ni si una sola centella de fuego se conoce por nada en comparación del sol. La verdadera humildad consiste en no estimarnos más que los otros, ni querer ser estimados de los otros en más que ellos.

5. Cuanto á la lengua, mirarás si te alabas de una suerte y de otra, y si te adulas y alabas á tí propia, hablando de tí misma.

6. Cuanto á las obras, notarás si recibes algún placer contrario á tu salud; quiero decir, placer vano, inútil, demasiado, desvelado y sin sujeto; y semejantes.

CAPITULO VI.

Exámen del estado de nuestra alma para con nuestro prójimo.

Menester es amar mucho el marido y la mujer, y esto con un amor dulce, sosegado, firme y continuo. Debe pues hacerse esto en primer lugar, por cuanto Dios lo ordena así. Lo mismo digo de los hijos y parientes cercanos, y también de los amigos; cada uno según su puesto.

Mas para hablar en general, mirarás cuál es tu corazón para con tu prójimo, si le amas cordialmente y por amor de Dios. Para bien discernir esto habrás menester representarte ciertas personas envidiosas y desagradables; porque con estas es donde se ejercita el amor de Dios para con el prójimo, y mucho mejor con los que nos hacen algún mal, ú de efecto ú de palabra. Examina si tu corazón es franco en su particular, y si sientes gran contradicción en el amarlos.

Mira si te hallas pronta en el hablar del prójimo murmurando, y en particular de aquellos que no te aman; si haces mal al prójimo, ó directa ó indirectamente. Por poca razón y discurso que uses, conocerás pues todo esto.

CAPITULO VII.

Exámen sobre las aficiones de nuestra alma.

Heme extendido en los puntos dichos, porque en su exámen consiste el conocimiento del adelantamiento espiritual que se ha hecho; porque cuanto al exámen de los pecados, es solo para las confesiones de los que no piensan adelantarse.

No es pues necesario el trabajarse sobre cada uno destes artículos, sino con suavidad, considerando el estado en que nuestro corazón se ha hallado tocante á ellos desde nuestra resolución, y qué faltas notables son las que hubiéremos cometido.

Y para abreviar todo esto, es menester reducir el exámen al conocimiento de nuestras pasiones; y si nos enfada el considerar tan por menudo (como se ha dicho) cuáles habemos sido, podremos examinarlos en esta forma, cuáles habemos sido, y de qué suerte nos hemos comportado:

En nuestro amor para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

En nuestro aborrecimiento para con el pecado que se halla en nosotros, y para el pecado que se halla en

los otros; porque es cierto que debemos desear el fin del uno y del otro.

En nuestros deseos, tocante á los haberes, tocante á los placeres y tocante á las honras.

En el temor de los peligros de pecar, y de las pérdidas de las posesiones deste mundo; porque de ordinario se teme demasiado lo uno, y muy poco lo otro.

En la esperanza puesta en el mundo y en las criaturas, y muy poco en Dios y en las cosas eternas.

En la tristeza, si es muy excesiva por cosas vanas.

En la alegría, si es muy excesiva y por cosas indignas.

Mirémos en fin qué aficiones tienen nuestro corazón ocupado, qué pasiones le poseen, y en lo que principalmente se hubiere distraído.

Porque por las pasiones del alma conocemos cuál es su estado, tocándolas una despues de la otra; porque así como un músico de laud tocando todas las cuerdas, las que halla disonantes las viene á templar, sea bajándolas ó ya subiéndolas, así despues de haber tocado y reconocido el amor, el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza y la alegría de nuestra alma, si es que hallamos todo esto malsonante al tono que queremos tocar, que es á la gloria de Dios, podremos acordar muy bien, mediante su gracia y el consejo de nuestro confesor.

CAPITULO VIII.

Aficiones que debemos tener despues del exámen.

Despues de haber con blandura (a) considerado cada punto del exámen (1) y visto el estado en que estás, darás lugar á las aficiones siguientes:

Darás gracias á Dios por la enmienda que hubieres hallado en tu vida despues de tu resolución; y reconoce que ha sido su misericordia sola que ha obrado en tí y por tí.

Humíllate cuanto puedas delante de Dios, reconociendo que si no te has adelantado más, ha sido por tu falta, y por no haber con fidelidad, animosa y constantemente, correspondido á las inspiraciones, claridades y movimientos que te ha dado en la oración (2). Y entonces

Prométele alabar para siempre por las gracias recibidas; y así te retirarás de tus inclinaciones, y llegarás á la enmienda.

Pídele perdón por la infidelidad y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazón para que se haga de todo punto señor dél.

Suplícale te haga fiel de todo punto.

Invoca á los santos, la Virgen, tu ángel, tu patron, san Josef y otros.

CAPITULO IX.

Consideraciones propias para renovar nuestros buenos propósitos.

Despues de bien hecho el exámen, y haber bien conferido con algún digno conductor las faltas y su

(a) QUEVEDO y Cubillas traducen mal el adverbio *doucement*, que vale con detenimiento.

(1) y voto en que estas (Todas las ediciones españolas; pero es errata manifesta; et veñ à quoy vous en estes, dice el original.)

(2) y fuere della. (C-D.)

enmienda, tomarás las consideraciones siguientes, haciendo una cada día por manera de meditacion, y empleando el tiempo de tu oracion; y esto que sea siempre con el mismo método (1) que has usado en las meditaciones de la *Primera parte*: poniéndote ante todas cosas en la presencia de Dios, implorando su gracia, para que por su medio puedas establecerte en su santo amor y servicio.

CAPITULO X.

Consideracion primera.—De la excelencia de nuestras almas.

Considerarás la nobleza y excelencia de tu alma; que tiene un entendimiento, el cual conoce no solo todo este mundo visible, mas conoce aun que hay ángeles y un paraíso; conoce que hay un Dios soberanísimo, bonísimo y inefable; conoce que hay una eternidad, y conoce más lo que es propio para vivir en este mundo visible, y para juntarse con los ángeles en el paraíso, y gozar de Dios para siempre.

Tiene más tu alma una voluntad del todo noble, la cual puede amar á Dios y no le puede aborrecer en sí misma. Mira tu corazon y verás cuán generoso es; y que así como no puede nada detener las abejas en ninguna cosa corrompida, antes solo se detienen sobre las flores, así tu corazon no puede tener reposo sino solo en Dios, sin que ninguna criatura pueda satisfacerle ni hartarle. Si no, piensa en los más amados y divertidos embebecimientos que otras veces has ocupado tu corazon; y dime la verdad, si los tales no estaban llenos de inquietud y molestia, y de pensamientos carcomidos y cuidados importunos, en medio de los cuales tu pobre corazon se via miserable.

Va tu corazon corriendo para las criaturas con grandes ansias, pensando poder contentar sus deseos; pero tan presto como ha ejecutado cuanto imaginaba, echa de ver la vanidad de su intento, pues nada le puede satisfacer ni contentar. No quiere Dios, Filotea, que nuestro corazon halle ningun lugar donde pueda reposar (de la misma manera que la paloma salida del Arca de Noé), para que así se vuelva á su Dios, del cual ha salido. ¡Ah, y cuánta hermosura de naturaleza hay en nuestro corazon! ¿Por qué pues le detendremos nosotros contra su voluntad en el servicio de las criaturas?

¡O alma mia! (dirás tú) tú puedes oír y querer á Dios. ¿Por qué pues te embebecerás tú en cosa menor? Si tú puedes pretender la eternidad, ¿qué hay que detenerte en los momentos? Esta fué una de las quejas del hijo pródigo, que habiendo podido vivir regaladamente á la mesa de su padre, comía suciamente en la de las bestias. ¡O alma mia! tú eres capaz de Dios. Desventurada de tí si te contentas con menos que Dios.

Levanta mucho tu alma en esta consideracion; muéstrala como eterna y digna de la eternidad; llénala de ánimo cerca este sujeto.

CAPITULO XI.

Segunda consideracion.—De la excelencia de las virtudes.

Considera que las virtudes y la devocion pueden solo contentar tu alma en este mundo. Mira pues cuán

(1) cuanto á la preparacion y afecciones, que has (C-D.)

hermosas son; haz comparacion de las virtudes y vicios que les son contrarias: la suavidad que hay en la paciencia, comparada á la venganza; en la mansedumbre, comparada á la ira y enojo; en la humildad, comparada á la arrogancia y ambicion; en la liberalidad, comparada á la avaricia; en la caridad, comparada á la envidia; en la templanza, comparada á las desórdenes. Las virtudes tienen esto admirable, que deleitan el alma con una dulzura y suavidad incomparable, despues que se han ejercitado; y al contrario, los vicios la cansan infinito, la descarrian y pierden. ¿Por qué pues, no procuraremos nosotros adquirir estas suavidades?

De los vicios vemos que quien tiene pocos no está contento, y quien tiene muchos, menos. Mas de las virtudes, el que tiene bien pocas, alcanza aun contento, y quien muchas, mucho más. ¡Oh vida devota, y cuán hermosa eres, cuán dulce, agradable y suave! Tú mitigas las tribulaciones, y haces suaves las consolaciones. Sin tí el bien es mal, y los placeres, llenos de inquietudes, alborotos y desvanecimientos. ¡Ay de mí! que quien te conociera, pudiera bien decir con la Samaritana: *Domine, da mihi hanc aquam*; «Señor, dame esta agua;» aspiracion muy frecuente á la beata madre Teresa y á santa Catalina de Sena, aunque por diferentes sujetos.

CAPITULO XII.

Tercera consideracion.—Sobre el ejemplo de los santos.

Considera el ejemplo de toda suerte de santos: qué es lo que ellos no hicieron para amar á Dios y ser sus devotos. Mira los mártires, invencibles en sus resoluciones, qué tormentos dejaron de padecer para mantenerlas. Mira sobre todo tantas hermosas doncellas, más blancas que la azucena en pureza, y más encarnadas que la rosa en caridad, que las unas á doce, las otras á trece, quince, veinte y veinte y cinco años, sufrieron mil suertes de martirios, antes que apartarse un punto de su resolucion; y no solo en lo que tocaba á la protestacion de la fe, sino en lo que tocaba á la protestacion de la devocion: las unas, muriendo antes que abandonar su virginidad; las otras, antes que dejar de servir á los afligidos y consolar los atormentados y amortajar los muertos. ¡Oh buen Dios, y cuánta constancia ha mostrado este sexo frágil en semejantes ocurrencias!

Mira tantos santos confesores con qué valor han menospreciado el mundo, cómo se han hecho invencibles en sus resoluciones. Nada les pudo hacer prevaricar, pues las abrazaron tan animosamente, y las mantuvieron sin excepcion. ¿Qué es lo que dice san Agustin, de Mónica; con cuánta firmeza seguia su empresa de servir á Dios, en su matrimonio y en su viudez? ¿Y san Jerónimo, de su amada hija Paula en medio de tantos traveses y en medio de tanta variedad de accidentes? ¿Qué es lo que nosotros de buena razon dejaremos de hacer con tan buenos patronos? Todos estos eran lo mismo que nosotros; hacian lo que hacian por el mismo Dios y por las mismas virtudes. ¿Por qué no harémos pues nosotros otro tanto, segun nuestra vocacion y estado, por medio de nuestra resolucion y santa protestacion?

CAPITULO XIII.

Cuarta consideracion.—Del amor que Jesucristo nos tiene.

Considera el amor con que Jesucristo nuestro Señor ha sufrido tanto en este mundo, y particularmente en el jardin de Olivet y monte Calvario. Este amor te miraba, y por medio destas penas y trabajos alcanzaba del Padre eterno buenas resoluciones y protestaciones para tu corazon; y por el mismo medio alcanzaba tambien todo lo que te es necesario para mantener, alimentar, fortificar y consumir estas resoluciones. ¡Oh santa resolucion, y cuán preciosa eres! hija en fin de tal madre como la pasion de nuestro Salvador. ¡Oh cuánto te debe amar mi alma, pues fuiste tan amada de mi buen Jesus! ¡Oh Salvador mio! vos moristes para adquirirme estas buenas resoluciones: dadme pues, Señor, la gracia que yo muera antes de perderlas.

¿No ves tú, Filotea mia, cómo el corazon de nuestro amado Jesus veia el tuyo desde el árbol de la cruz, y le amaba; por cuyo amor te alcanzaba todos los bienes de que gozas y gozarás, y entre otras, nuestras buenas resoluciones? Sí, amada Filotea, bien podemos todos decir, como Jeremías: «¡O Señor! antes que yo fuera, vos me mirábades y me llamábades por mi nombre.» Y esto porque verdaderamente su divina bondad prepara en su divino amor y misericordia todos los medios generales y particulares para nuestra salvacion, y por consiguiente nuestras resoluciones. Así como una mujer preñada aparea la cuna, los pañales y mantillas, y asimismo un ama para la criatura que espera, aunque la tal aun no esté en el mundo; así tambien nuestro Señor, habiéndote concebido en su bondad, y pretendiendo sacarte á la luz del mundo para tu salvacion, y hacerte hija suya, prepara sobre el árbol de la cruz (1) todo lo que era necesario para tu buena dicha. Estos son todos los medios, todos los atraimientos y todas las gracias con las cuales induce tu alma y la quiere guiar á la perfeccion. Nuestro Señor pues, segun esto, estaba en estado de preñez cuando estaba en el árbol de la cruz.

¡Ah, buen Dios, y con cuántas veras debriamos arraigar esto en nuestra memoria! ¡Es posible que haya yo sido amada, y amada con tal dulzura de mi Salvador, que se pudiese á pensar en mí, en mi particular, y en todas pequeñas ocurrencias, por las cuales me ha tirado á sí! Con razon debemos pues estimar y amar todo esto, y emplearlo á nuestra utilidad. Nota esta consideracion. Aquel corazon amigable de mi Dios pensaba en Filotea, la amaba, y la procuraba mil medios para su salvacion; tanto como si no hubiera habido otra alma en el mundo en quien hubiese pensado. Así como el sol, alumbrando una parte de la tierra, no la alumbraba menos que si no alumbrase otra parte más que aquella sola; de la misma manera nuestro Señor pensaba y cuidaba por todos sus amados hijos, y de suerte que pensaba en cada uno de nosotros como si no pensara en todos los demás. «El me ama,» dice san Pablo, «y se dió por mí;» como si dijese: «Por mí solo, de la misma manera que si no hubiera hecho nada por los demás.» Esto pues, Filotea, debe

(1) todo cuanto hizo por tí, tu cuna espiritual, tus mantillas y pañales, tu ama, (C-D.)

estar grabado en tu alma, para mejor conservar y mantener tu resolucion, la cual ha sido tan estimada en el corazon de tu Salvador.

CAPITULO XIV.

Quinta consideracion.—Del amor eterno de Dios para con nosotros.

Considera el amor eterno que Dios te ha tenido, porque antes que nuestro Señor Jesucristo siendo hombre padeciese en la cruz por tí, su divina Majestad te tenia en su soberana bondad, y te amaba en extremo. Pero ¿cuándo comenzó Dios á amarte? ¿Comenzó pues cuando comenzó á ser Dios? ¿Y cuándo comenzó á ser Dios? Nunca; porque siempre lo fué, sin principio ni fin. Y así tambien te ha amado desde *ab aeterno*: por esto pues te preparaba las gracias y favores que te ha hecho. Y él mismo lo dice por el Profeta: «Yo te amo (contigo habla de la misma manera que con otro) con una caridad perpétua, y por esto te he tirado, teniéndote piedad.» Pensado ha pues, entre otras cosas, en hacerte tomar resolucion de servirle. ¡Oh buen Dios, cuáles resoluciones son estas, pues Dios las ha pensado, meditado y trazado desde su eternidad! ¡Cuán caras y preciosas nos deben ser las tales! ¿Qué es lo que nosotros debriamos sufrir antes que perder la mínima parte dellas? Antes que hacerlo debriamos ver perecer todo el mundo; porque tambien sabemos que todo el mundo junto no vale lo que un alma, y un alma no vale nada sin nuestras buenas resoluciones.

CAPITULO XV.

Afecciones generales sobre las consideraciones precedentes, y conclusion del ejercicio.

¡Oh amadas resoluciones mías! vosotras sois el hermoso árbol de vida que mi Dios ha plantado por su propia mano en medio de mi corazon, el cual quiere asimismo mi Salvador regar con su sangre para hacerle que lleve fruto. Antes pasaré mil muertes que dar lugar á que ningun viento (2) me le desarraigue. Ni la vanidad, ni los regalos, ni las riquezas, ni las tribulaciones serán bastantes á ello. Mas, oh Señor mio, que bien sé ser vos mismo quien ha plantado, y en vuestro seno paterno guardado eternamente este árbol hermoso para mi jardin. ¡Cuántas almas habrá que no han sido favorecidas desta suerte! ¿Cómo pues podré yo jamás humillarme bastantemente delante vuestra misericordia?

¡Oh hermosas y santas resoluciones! si yo os conservo, vosotras me conservaréis. Si vosotras vivís en mi alma, mi alma vivirá en vosotras. Vivid pues para siempre, o resoluciones mías, eternas en la misericordia de mi Dios. Estad y vivid eternamente en mí, para que nunca os abandone.

Despues destas resoluciones, es menester que particularices los medios importantes para mantener estas amadas resoluciones; y que protestes el querer siempre aprovecharte dellas con fidelidad, y de la frecuencia de la oracion, de los sacramentos, de las buenas obras, la enmienda de las faltas reconocidas en el

(2) me la desarraigue. (Edición original.)

segundo punto, (1) y el seguimiento de los avisos que te serán dados á este fin.

Lo cual hecho, como (2) consecutivamente protestarás mil veces que continuarás en tus resoluciones; y como si tuvieras tu corazón, tu alma y tu voluntad en tus manos, la dedicarás, consagrarás y sacrificarás á Dios, protestando no volverlas á tomar más, sino dejarlas en las manos de su divina Majestad, para seguir en todo y por todo sus mandamientos. Ruega á Dios te renueve de todo punto, que bendiga tu renuevo de protestación, y que la favorezca. Invoca á la Virgen, tu ángel, los santos, y san Luis.

Irás con este movimiento de corazón á los pies de tu padre espiritual. Acusarás de las partes principales que hubieres notado haber cometido; después de tu confesión general recibe la absolución de la misma manera que hiciste la primera vez; pronunciarás delante del la protestación, y confirmarála; y en fin irás á unir tu corazón renovado á su principio y Salvador; esto es, al santísimo sacramento de la Eucaristía.

CAPITULO XVI.

De los resentimientos que se deben tener después deste ejercicio.

El día que hubieres hecho este renuevo y los siguientes, repetirás muy á menudo de corazón y de boca aquellas fervorosas palabras de san Pablo, de san Agustín, de santa (3) Catalina de Génova y otros:

«No, yo no soy más mía. O que yo viva, ó que yo muera, yo soy de mi Salvador. Yo no tengo más de mí, ni mio; y mio es Jesús, mi mio es el ser suya (a). ¡O mundo! tú eres siempre tú mismo, y yo siempre he sido yo misma; mas de aquí adelante yo no seré más yo misma. No, nosotros ya no seremos nosotros mismos, porque tendremos el corazón trocado; y el mundo, que nos ha tanto engañado, será engañado en nosotros: porque no aperebiendo nuestra mudanza por ser poco á poco, pensará que somos siempre de los de Esau, y seremos de los de Jacob.»

Será menester que todos estos ejercicios reposen dentro del corazón, y que apartándonos de su consideración y meditación, entremos con tiento en los negocios y conversaciones, temiendo que el licor de nuestras resoluciones no se derrame y pierda, porque es menester que se deshaga, y penetre bien todas las partes del alma; y que no obstante, sea todo esto sin forzar el espíritu ni el cuerpo.

CAPITULO XVII.

Respuesta á dos objeciones que pueden ponerse sobre esta Introducción.

Diráte el mundo, Filotea mía, que estos ejercicios y avisos son en tan grande número, que quien los quiera observar no podrá atender á otra cosa. ¡Ay de mí, amada Filotea! Cuando nosotros no hiciéramos otra cosa, haríamos harto bien, pues haríamos lo que debíamos hacer en este mundo. Verdad es que si fuese necesario hacer todos estos ejercicios todos los días, no nos darian lugar á otra cosa; mas no es necesario

(1) del evitar las malas ocasiones. (C-D.)

(2) por una recuperación de aliento y fuerza, protestarás (Id.)

(3) Catalina de Sena y otros: (La primera y posteriores ediciones.)

(a) *mon mien, c'est d'estre sienne.*

hacerlos sino á su tiempo y lugar, y cada uno segun la ocurrencia. ¿Cuántas leyes hay civiles, las cuales deben ser observadas? mas se entiende segun las ocurrencias, y no que sea necesario practicarlas todas cada día. Cuanto á lo demás, David, rey cargado de negocios dificultosísimos, usaba de más ejercicios que yo te he puesto aquí. San Luis, rey admirable así en la guerra como en la paz, el cual con un cuidado sin igual administraba la justicia y manejaba los negocios más graves, oía dos misas cada día, decía vísperas y completas con su capellan, hacia su meditación, visitaba los hospitales, confesábase todos los viérnes, diciplinándose; oía los sermones muy á menudo, hacia muchas veces conferencias espirituales; y con todo esto, no perdía una sola ocasión del bien público, que no la ejecutase diligentemente, siendo entonces su corte más lucida y festejada que en tiempo de sus predecesores. Usa pues, sin temor destes ejercicios, segun te he enseñado; y Dios te dará bastante lugar y fuerza para acudir á los demás negocios, aunque para ello debiese hacer parar el sol, como hizo en el tiempo de Josué. No es poco lo que hacemos cuando Dios trabaja con nosotros.

Dirá el mundo que llevo yo la mira á que mi Filotea tenga el don de la oración mental, y que no obstante esto, no todos le pueden tener, y que así esta Introducción no servirá para todos. Es verdad, y sin duda he llevado siempre este fin; y es también verdad que todos no tienen el don de la oración mental; pero también lo es que casi todos le pueden tener, y aun hasta los más groseros, con tal que tengan buenos confesores, y que ellos quieran trabajar para adquirirle tanto cuanto él lo merece. Y si se halla faltar este don en alguna suerte de grado (lo cual pienso no poder acaecer sino muy raramente), el prudente confesor hará fácilmente suplir esta falta por la atención que enseñarán tener en leer, ó en oír leer las mismas consideraciones que están puestas en las meditaciones.

CAPITULO XVIII.

Tres últimos y principales avisos para esta Introducción.

Harás todos los primeros días del mes la protesta que está en la *Primera parte*, después de la meditación; y todos los momentos que puedas protestarás el quererla observar, diciendo con David: «Nunca jamás olvidaré tus justificaciones, Dios mio, porque en ellas, Señor, me has vivificado.» Y cuando sintieres algun distraimiento en tu alma, tomarás tu protesta en tus manos, y postrada en espíritu de humildad, la pronunciarás de todo tu corazón; y así hallarás un gran alivio y consuelo.

Harás profesión abierta de querer ser devota; y no digo de ser devota, sino de querer serlo; y no tengas vergüenza de las acciones comunes y importantes que nos guían y conducen al amor de Dios. Procura siempre ensayarte en la meditación, como en querer también antes morir que pecar mortalmente. Protestarás también que has de frecuentar á menudo los sacramentos, y seguir los consejos de tu director (aunque muchas veces no sea necesario el nombrarle por muchas razones): porque esta libertad de confesar que queremos servir á Dios, y que nos hemos consagrado á su

amor con una especial afición, es muy agradable á su divina Majestad, que no quiere que tengamos vergüenza del ni de su cruz; pues vemos que esta antes corta el camino á muchos enredos que el mundo á cada paso desea ponernos, y nos obliga á su seguimiento.

Los filósofos se publicaban por filósofos porque los dejasen vivir filosóficamente, y nosotros debemos hacernos conocer por deseosos de la devoción porque nos dejen vivir devotamente. Que si alguno te dijere que se puede vivir devotamente sin la práctica destes avisos y ejercicios, no por eso lo niegues; pero responderásle amigablemente que tu flaqueza es tan grande, que ha menester más ayuda y socorro que los otros.

En fin, amada Filotea mía, yo te conjuro por cuanto hay sagrado en el cielo y en la tierra; por el bautismo que has recibido, por los pechos que Jesucristo mamó, por el corazón caritativo con que te ama, y por las entrañas de la misericordia en que esperas, que continúes y perseveres en esta dichosa empresa de la vida devota. «Nuestros días se pasan, la muerte está á la

puerta, la trompeta (dice san Gregorio Nazianzeno) toca á la retirada: cada uno se prepare, porque el juicio se acerca.» La madre de san Sinfiriano, viendo que le llevaban al martirio, le gritaba cerca de sus orejas: «Hijo mio, hijo mio, acuérdate de la vida eterna; mira al cielo, y considera quién reina en él. El fin cercano terminará bien presto el breve curso desta vida.» Lo mismo pues, Filotea mía, puedo yo decirte. Mira al cielo, y no le pierdas por la tierra; mira al infierno, no te echés en él por los que son solos momentos. Mira á Jesucristo, no le reniegues por el mundo. Y cuando la pena de la vida devota te pareciere dura, cantarás con san Francisco: «Los mayores trabajos me parecen pasatiempos, considerando los bienes que después dellos espero.»

Viva Jesús, á quien con el Padre y Espíritu Santo sea honra y gloria, ahora y para siempre, y en los siglos de los siglos. Amen. (1)

(1) Fin. (Edición original.)